

Peregrinaciones Pro-Concilio y Pro-Unidad

Por MARCELINO GONZALEZ-HABA

TRUJILLO EN GUADALUPE

VAMOS ya por la XX peregrinación de Trujillo a Guadalupe. Para estos viajes devocionales van, derechamente encaminados, a rogar a la milagrosa Patrona de Extremadura por el éxito del Concilio Vaticano II y por la Unidad entre los cristianos separados.

Se trata de un movimiento religioso expresivo y urgente, de oración y penitencia. Nada de excursiones con aire festivo de índole más o menos profana. Nosotros vamos al santuario de la Raza, a pasar un día ante la imagen bendita de la madre de Dios y madre nuestra, la venerada Virgen de Guadalupe. Invocamos su poderosa intercesión para que nos alcance de su hijo el triunfo conciliar y junte la grey cristiana en un solo rebaño y bajo la guía segura de un solo Pastor. Esto, aparte de las querellas afectuosas que cada peregrino eleve ante la celestial Señora.

Ya, el gran Padre de la Iglesia, San Agustín, aseguraba que María es madre de la Unidad: *Mater Unitatis*: Sin la Virgen, imposible que florezca la unión entre los cristianos.

Desde que el autobús nos lleva al Monasterio comienza a rodar por la vía Trujillo-Guadalupe, hasta nuestro regreso por la noche, la Virgen es la clara estrella que guía nuestros pasos.

Al filo de las nueve de la mañana llega cada peregrinación a las puertas del Santuario famoso y desde el coche nos trasladamos a la basílica guadalupana. Allí, en la presencia de la Virgen milagrosa, oyen misa los peregrinos, que suele ser la conventual, y comulgan, y al terminar se hace la emocionante ceremonia de la presentación a Santa María de Guadalupe por el director.

Luego, el desayuno, para comenzar, seguidamente, la visita a las maravillas que atesora, bajo la guía de los PP. Franciscanos que tantas atenciones nos dispensan.

Terminado este recorrido, de gozosa admiración, se organizan los turnos que durante nuestra estancia en el templo mariano han

de acompañar a la Virgen ante su trono, chispeante de lumbres de oro, en medio de la robusta arquitectura del altar mayor.

Una hora es la duración de cada turno. En él rezan los peregrinos el Rosario, dedicación de dulces alabanzas y flores de alegría ofrecidas a la Virgen, rezan también plegarias eucarísticas y marianas; recitan el acto de desagravio, y por último la oración compuesta por el benéfico Juan XXIII para el Concilio. Y así, hasta la tierna despedida, que se reúnen los componentes de la peregrinación para cantar la Salve a la Virgen y el himno trujillano de la Patrona de nuestro pueblo, ocupando, luego, el magnífico autobús que nos devuelve, felizmente, a Trujillo.

Una irresistible admiración y ciega confianza destaca la presencia de los peregrinos ante la Virgen milagrosa de Guadalupe. Son muchas las familias que repiten la visita a esta celeste Bienhechora de los pueblos hispánicos. Una madre, conmovida, nos decía: Esta es la décima vez que vengo a visitar a la Virgen. La primera hace ya muchos años que nos devolvió un hijo al que creía perdido en la guerra de África, y al regresar a Trujillo fuimos andando los dos a darle gracias, sin hablar durante el largo camino. Jamás, añade, olvidaré tan señalado favor, del cielo por la intercesión poderosa de Santa María de Guadalupe.

Podíamos citar impresionantes casos devocionales alumbrados por la fúlgida fe en esta Virgen bendita. Y notemos además, la positiva formación religiosa de la mayoría de los peregrinos, singularmente, en las mujeres: Rezan con fervor, poseen una piedad ilustrada y aman con delirio a esta cándida y virginal Reina del Cielo y de las Españas. Esto último es nota distintiva en todos los peregrinos.

MARIOLOGIA POPULAR

Pero, en una de estas peregrinaciones a Guadalupe, «santuario de reyes y rey de santuarios», o según le llamara la Reina Católica, «Mi paraíso», tras la admiración y el hechizo que tanta riqueza acumulada, en la canción de los siglos, despierta en el ánimo de los visitantes. Después de la viva emoción de tantos recuerdos históricos transidos de piedad y de glorias inmortales, nos encontramos en el delicioso Claustro Mudéjar, que nosotros denominamos el CLAUSTRO de la MEDIACION, por los numerosos milagros que testimonian la intercesión de la Virgen en los cuadros que realzan este departamento monacal, preguntamos a un grupo de peregrinos:

—Vamos a ver: ¿Que es lo que más os ha gustado?.

Unas cuantas mujeres respondieron, con transparente claridad:

—Lo que más nos ha llenado es la Virgen milagrosa a la que hemos venido a visitar y a pedirle favores y gracias.

A tan certera respuesta, formulamos nosotros esta otra observación:

—Pero la Virgen por sí, con independencia de Jesús, es, la que con-

cede estas gracias, o por el contrario, es Dios, dador de todos los bienes por la mediación de María.

Una, sin duda ni titubeos, recogió el pensamiento dominante en el grupo contestando:

—De ninguna manera: Nosotros vamos a María por que es Madre de Dios, y como Madre del Verbo Encarnado, todo lo puede. ¿Que podrá negar a María su hijo Jesús?. Añadiendo: Vamos a la Virgen como mediadora nuestra y de todos los hombres, para que pida, impetres, suplique, por todas las gracias que deseamos.

Y otra del grupo, ahora religiosa carmelita descalza, completando el argumento exclamaba: Además de ir a la Virgen como madre de Jesús y por tanto Madre de Dios, vamos también a Ella, como Madre espiritual nuestra, porque si como madre de Dios, es Omnipotente por Gracia, según la llamó Benedicto XV, en calidad de Madre de los mortales todo lo bueno lo quiere para sus hijos.

El tema sobre el complicado privilegio de la Mediación mariana adquirió un tono casi doctoral, superando la sencillez de la mariología popular. Hubo que tirar de los registros del Evangelio, de las enseñanzas de los Santos Padres, del Magisterio de la Iglesia, de la Liturgia, de la devoción del pueblo a la Virgen, concluyendo con la fórmula de San Bernardo, el Doctor de la Mediación de María: Que la Virgen, es nuestra Mediadora cerca del Mediador principal que es Cristo Jesús.

Así la Virgen aparece como Mediadora secundaria. Y si Jesús es Mediador por naturaleza, la Virgen lo es por gracia. La Madre y el Hijo son inseparables, pero María siempre subordinada a Jesús: Jesús es Dios y la Virgen la criatura más bella y santa próxima a Dios.

De este modo resalta la grandeza, serena y apacible, de los santuarios dedicados a María, antiguos y modernos, iluminados por el «misterio de Cristo». Tras las numerosas advocaciones marianas, hay que adivinar el poder infinito de Dios que se revela al mundo y le gobierna por la Mediación de María: Siempre Jesús quiere comunicarse a los hombres por medio de su Madre la Virgen Purísima.

Verdad que los pueblos no hallarán salvación más que en Jesús. Pero también es cierto que el camino más corto para llegar a El, es la Virgen María,

Así quedó triunfante la prerrogativa mariana de la Mediación universal de la Virgen en el primoroso claustro mudéjar, el claustro de la MEDIACION, de esta Reina bendita de Guadalupe, Madre de la misericordia, Abogada de los pecadores, que, en su áureo trono, preside las glorias de este viejo y noble monasterio, pleno de páginas brillantes de nuestra historia incomparable, cuando España era universo y andaba ocupada en empresas evangelizadoras.